



Es común considerar que los 70 años es una edad en que las perspectivas se acortan y el ánimo decae. Sin embargo, celebramos el cumpleaños de un amigo y escritor que a esa altura de la vida está en la cumbre de su actividad literaria sin pedir preguia ni dar señales de cansancio.

Conoci a José Miguel Varas en el Instituto Pedagógico. Había publicado, recién a los 19 años, un libro llamado "Cahulín", toda una sorpresa. La crítica lo aplaudió y Alonso, el démine, saludó a Varas como "un humorista ágil, personal, curiosísimo", añadiendo: "Pocas veces unas páginas impresas nos habían dado una impresión mayor de frescura, por decirlo así, atmosférica, como un aire que sopla".

En "Cahulín" había anotaciones graciosas sobre la vida estudiantil en el Instituto Nacional. Una filosofía sobre el cuaderno de borrador, reflexiones sobre la coleda relativamente secreta de la "Unión Picaresca", junto con reflexiones sobre un profesor cuyos chistes horribles eran muy celebrados en vísperas de exámenes.

Varas estuvo en la Escuela de Leyes, donde se inscribió, según confiesa, porque quedaba cerca de su casa. Luego, en el Pedagógico fue alumno distinguido pero fagaz. Lo agobió la perspectiva pedagógica, casi tanto como la judicial, y se fue a buscar los caminos de la vida.

Como estudiante en el Pedagógico fue serio, pero no dejó de hacer, antes de irse, cierta humorada. En un boletín del Instituto apareció un cuento corto de Kafka, que no era de Kafka en realidad, sino de Varas. Un ejemplo más o menos perfecto de literatura apócrifa. Todos lo leyeron con deleite crítico y comentaron la genialidad del maestro checo. Sucedió que llegaron al Pedagógico unos ex soldados yanquis a estudiar literatura latinoamericana con maestros como Ricardo Leacham y Mariano Latorre. Encontraron magnífica la "prosa kafkiana", tan bien traducida, trasgada de misterio y humor. Les encantó el cuento y se lo llevaron a las universidades de Dakota del Sur y Washington. Nadie se atrevió a sacarlos del error de modo que en alguna edición de obras completas de Kafka en inglés puede haber aparecido ese pequeño y travieso contrabando chileno.

Después de "Cahulín" vino la novela

Varas 70, creador inagotable

"Suede", algo así como el cuadro de una familia pequeño burguesa. La crítica se desconcertó ante la audacia técnica que lucía Varas, ya en uno en muchas partes pero inédita en la tranquila literatura chilena.

Con "Porai", su segunda novela, los ánimos se distendieron. Cautivó la historia del joven buscavidas, de pasado turbulento, simpático, trahenico y gaudeliano, redimido por el amor y por un inesperado ingreso a la tacha sindical en una caleta de pescadores.

Era un tiempo en que pasaban cosas graves en el mundo y muchos jóvenes no quisieron eludir responsabilidades. Recuerdo a Varas compartiendo una tribuna callejera con la profesora Olga Poblete, haciendo un llamado a luchar contra el belicismo atenuado. Era un tema en boga, pero siempre expuesto a la intervención de la policía. En Chile había presos políticos, obligados y un campo de concentración en Pisagua. Varas no se excluyó de nada, ni de la propaganda ni de la organización. Escribió artículos duros que firmaba Vicente Reyes y que publicaba un diario estético llamado "Democracia". De ese tiempo es un cuento prematuro, "Relegados", sobre unos obreros que soportan la lluvia con sus familias en un estadio de provincia donde estaban confinados.

Fue el momento en que Varas comenzó a desprenderse de sus ocupaciones radicales, y a tomar la ruta de las "responsabilidades cívicas", llamémoslas así, del periodismo popular y de las aperturas doméstico-financieras.

Recuerdo a Varas en la revista "Visión", junto a Luis Enrique Délano, maestro



de periodistas. En escritorios contiguos, Augusto Olivares, especialista en primicias grandes y pequeñas; Raúl Melián, secretario de redacción y facidum de correspondientes; y Alfonso Alcalde, que denunciaba no sé qué escándalo de LAN Chile, haciendo rabiar a su vicepresidente, el comodoro Arturo Merino Benítez. Luego vino a Varas en "El Siglo", discutiendo editoriales con Orlando Millas o conversando con ese pozo de historia sindical y jovialidad que es Galvarino Arqueos, que junto a su esposa, proveyó más tarde a Varas un material precioso para escribir "La novela de Elena y Galvarino".

Veo a Varas también, más cerca en el tiempo, haciendo las últimas entrevistas posibles por Televisión Nacional, al borde del abismo, en la víspera de aquella mañana en que llamaría muy temprano a Pablo Neruda para comunicarle que no podría visitarlo porque acababa de producirse un golpe de Estado. Tal vez otro día... o, como respondió el poeta, tal vez nunca.

Después vendrían quince años en Radio Moscú. Tiempo de "pelar el ajo", de trabajar como fogonero, según decía en una carta, de sentir, lejos de la patria, que todo lo que se hacía nunca parecía suficiente.

El periodismo puede ser bueno para el escritor si sabe dejarlo a tiempo, dijo Hemingway. Habría que revisar esa teoría porque Varas es su negación elocuente. Hasta hoy ejerce de una u otra manera esa fun-

ción, y su producción literaria se desborda en librerías y ferias sin indicios de que pueda decrecer.

En general, Varas no ha salido en busca de sus personajes y sus temas. Los ha encontrado en medio del alfin contingente. Se llamaban Pablo Neruda, Orquiervic o Juan Chacón Corona, un gran dirigente campesino al que dedicó un libro original.

Sin su experiencia radial y periodística sería difícil imaginar un cuento tan notable como "Nocturno", historia única de un pálido locutor y su novia desesperada, ni habría resultado tan auténtico, humano y creíble ese periodista de "El Correo de Bagdad". Tal vez ésta, su novela mayor, es lo que mejor explica en Varas la vinculación de literatura y vida.

Tenía el propósito de decir algo sobre las entrevistas de Varas que parecen más bien alaciones históricas, como aquella en Moscú a Margarita Vasilievna Fólova, vieja bolchevique. La señora Fólova cuenta que en los años claves de la revolución del 17, tuvo refugio en su departamento al propio Lenin, sin para ni bigote pero con peluca, que escribía inquieto o degustaba los platos que le preparaba la anfitriona, haciendo de vez en cuando unas arrancaditas que cambiaron no poco la historia de este siglo.

José Miguel Varas es hombre comedido que no se desmide en nada, salvo para hacer buenos libros y estar siempre donde es necesario, aunque tenga que sacrificar muchas cosas.

A veces da sorpresas. En un festejo en casa de una colega de "El Siglo", lo vi bailar un charleston de factura impresionante, tras lo cual volvió a su asiento sin percatarse de la estela admirativa que dejaba a su paso. Nunca un director del diario había hecho una cosa semejante. Cada noche de Año Nuevo, a cierta hora ritual, sale a la calle con familiares y amigos en cordial caravana y procede a encender un globo de papel. Lo sostiene hasta que el artefacto despega, en medio del jolgorio de los concurrentes. Es la alegría de la far que asciende. Un rato después, la alegría da paso a una vaga tristeza cósmica cuando la lucita, muy en lo alto, se despidió con una última señal y se funde con la nada. ●

SERGIO VILLEGAS (*)

(*) Texto parcial del discurso en homenaje a José Miguel Varas en la sala América de la Biblioteca Nacional.

Varas 70, creador inagotable [artículo] Sergio Villegas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Villegas, Sergio

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Varas 70, creador inagotable [artículo] Sergio Villegas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile